

La teleología del "último hombre" y la caída de Occidente

ALASTAIR CROOKE :: 30/09/2023

Anular la narrativa revolucionaria de Putin ante el mundo, dijo un diplomático occidental, es tan importante como, por ejemplo, no permitir que Trump vuelva a ser presidente

Como es bien sabido, la doctrina del "Pivote de la Historia" de Mackinder (1904), "quien controla el Heartland asiático controla el mundo", se cimentó en el espíritu estadounidense como la doctrina inatacable de que nunca debe permitirse un Heartland unido que pudiera desafiar a EEUU.

A lo que Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional del presidente Carter, añadió que Ucrania, en virtud de sus identidades nacionales divididas, entrelazadas en viejas complejidades, debía considerarse como la bisagra en torno a la cual giraba el poder del Heartland: "Sin Ucrania, Rusia nunca se convertiría en la potencia del Heartland; pero con Ucrania, Rusia puede y lo hará", afirmó Brzezinski.

Bueno, ésa era la idea: movilizar el feroz ultranacionalismo ucraniano frente a una Rusia débil y ponerlos a luchar entre sí. Pero la evolución de la "doctrina Brzezinski" - sorprendentemente- derivó en una serie de errores mitológicos occidentales:

. En primer lugar, que Rusia fue derrotada fácilmente en Afganistán, por unos pocos yihadistas ligeramente armados (*no es cierto*).

. En segundo lugar, que la Unión Soviética y sus satélites fueron derrocados por "revoluciones desde abajo" (*tampoco es cierto*).

. Y en tercer lugar, que un poderoso 'Leviatán' estadounidense de Seguridad-Estado podría garantizar la hegemonía de EEUU (mediante el montaje de 'Revoluciones desde Abajo').

La intención primordial de Brzezinski puede haber sido originalmente mantener a Rusia y China divididas entre sí. Pero la súbita implosión de la Unión Soviética (sin relación con Afganistán) se elaboró narrativamente para dar credibilidad al meme del Fin de la Historia y el Último Hombre de Francis Fukuyama. Tras la Guerra Fría y el colapso del imperio comunista soviético, el modelo político, cultural y económico estadounidense fue ampliamente considerado como el "último hombre en pie".

Afganistán también fomentó el mito de los insurgentes islámicos como los disolventes ideales para los Estados "atrasados" que necesitaban nuevos líderes occidentales con visión de futuro. (Fue Brzezinski quien convenció a Carter de que introdujera el radicalismo islámico en Afganistán para socavar al socialista Najibullah, apoyado por la URSS). Afganistán fue efectivamente el piloto de la 'primavera árabe', una limpieza de la casa global que, según se afirmaba, acabaría con los vestigios de la anterior influencia soviética y crearía una nueva estabilidad.

La excitación en los círculos neoconservadores era palpable. Y el éxito de EEUU en la

Guerra Fría se atribuyó (aparte de a las ventajas "genéticas" de la cultura occidental) a la potenciación de los *apparati* militares y de seguridad. En teoría, el final de la Guerra Fría podría haber sido una oportunidad para volver a los principios originales de los fundadores de EEUU de distanciamiento de los conflictos europeos y de cautela hacia los leviatanes militares y de seguridad. La implosión soviética parecía un presagio de tensiones globales desahogadas; presiones liberadas.

Pero entonces, ocurrió algo ajeno, fuera de lo común; algo que, de un plumazo, invirtió la lógica de los esperados "dividendos de la paz" de la Guerra Fría al "vigorizar el estado de seguridad-militar hasta nuevas cotas", señala Gordon Hahn. El poder del Estado militar de seguridad comenzó, a partir de ese momento, a desplegarse en el extranjero, al servicio de la guerra cultural globalizadora. Lo que había ocurrido era el "11-S" de 2001.

Pero entonces un nuevo "giro" llevó a EEUU por un camino totalmente distinto. Barack Obama infundió nueva energía al estado de seguridad militar. Sin embargo, Obama no estaba tan motivada por la hegemonía exterior (aunque no se oponía a ella). Se centró en sacar adelante la revolución cultural que se estaba produciendo en EEUU.

¿Qué había ocurrido? ¿Y qué relación tiene Ucrania con ello?

Un clarividente historiador cultural estadounidense, Christopher Lasch, había previsto este "giro" estadounidense ya en 1994. Escribió un libro -'Revolt of the Elites'- en el que describía cómo una revolución social sería "empujada a la cúspide" por los hijos radicalizados de la burguesía. Sus líderes no tendrían casi nada que decir sobre la pobreza o el desempleo. Sus reivindicaciones se centrarían en ideales utópicos: diversidad y justicia racial, ideales perseguidos con el fervor de una ideología abstracta y milenaria.

Uno de los puntos clave en los que insistió Lasch fue que los futuros jóvenes marxistas estadounidenses sustituirían la guerra de clases por la guerra cultural.

No se trataba de una "Revolución desde abajo" (como se convirtió en el mito de la Guerra Fría en relación con la esfera soviética), sino de una "Revolución" desde arriba, urdida en el seno de las élites costeras estadounidenses.

Esta Revolución sería resistida, predijo Lasch, pero no en las capas superiores de la sociedad. Los líderes de la Gran Filantropía y los multimillonarios corporativos se convertirían en sus facilitadores y financiadores. Su ideal era provocar un cambio estructural profundo en la sociedad - su impulso surgía de la convicción de que el movimiento por los Derechos Civiles no había logrado producir el cambio radical que se requería.

Esto significaba alejar el poder de las élites "que tan a menudo eran blancas y masculinas", y percibidas como parte de la injusticia estructural de la sociedad, para poner la riqueza y el poder de la Fundación Grant directamente en manos de aquellos contra los que se había practicado sistemáticamente la discriminación. El paradigma de la sociedad debía invertirse: discriminación positiva a favor de las víctimas identitarias - y discriminación negativa para aquellos relacionados con las estructuras presentes o pasadas de discriminación racista, de género o sexual.

Esta nueva forma de revolución estadounidense dio un giro completo con Obama, cuando las fuerzas del Estado militar y de seguridad se centraron en el interior para imponer en toda la sociedad las normas de esta ingeniería cultural.

Fue, en efecto, una "revolución desde arriba" (término de Hahn), y ha dado lugar a que dos mitades de la sociedad defiendan interpretaciones completamente contradictorias de la historia estadounidense. Para una parte, la de EEUU es una historia de racismo, discriminación y esclavitud. Y para la otra, es una historia de figuras heroicas que liberaron al Estado de la Gran Bretaña colonial y reconfiguraron una sociedad sobre las normas de una Constitución considerada como el resumen de los valores morales tradicionales europeos.

Estos dos bandos no sólo difieren ideológica (y metafísicamente), sino que también defienden modelos económicos muy diferentes. Y cada uno considera al otro de naturaleza totalitaria y una "amenaza para el Estado".

Pero lo más sorprendente quizá sea que el "Proyecto Ucrania" ha alimentado este cisma cultural interno y (hasta cierto punto) se ha convertido en el símbolo icónico de la división cultural interna de EEUU.

Aún menos esperado quizás, ha sido cómo la cuestión de Ucrania también ha movilizado a la mayoría de los Estados no occidentales hacia algo parecido a una insurrección contra el Orden basado en Reglas, y hacia la exigencia de que se reforme radicalmente.

La guerra de Ucrania no ha provocado directamente el cisma. Pero sin embargo ha encendido algo latente; algo que burbujea bajo la superficie dentro de la esfera occidental. En pocas palabras, ha provocado un cambio en la conciencia mundial.

No se puede sospechar que Rusia haya alimentado deliberadamente esta "guerra cultural", ya que sus raíces se encuentran firmemente en la teleología política euroamericana. La división estaba preparada para producirse de todos modos, pero Ucrania ha sido un acelerador.

Brzezinski puede ser víctima de las consecuencias invisibles e inadvertidas que a veces arroja la historia. Quería dividir el Heartland, pero al incrustar su Gran Tablero de Ajedrez en un marco escatológico de una lucha del "Fin de los Tiempos" entre el bien y el mal, contribuyó a los errores de cálculo estratégicos que parecen destinados a terminar con la caída de Occidente.

La guerra de Ucrania

está directamente relacionada con la completa mala interpretación que Occidente hizo del colapso soviético; y del de la Rusia postsoviética. Occidente malinterpretó la caída del comunismo soviético como una revolución desde abajo o como una "transición democrática". No fue ni lo uno ni lo otro. En el caso de la primera, las élites políticas se inclinaron a creer en el mito de una 'revolución popular' de amplia base social desde abajo porque ésa era la teleología política

dictada por el modelo del fin de la historia". (Gordon M. Hahn, *Russia's Revolution From Above: Reform, Transition, and Revolution in the Fall of the Soviet Communist Regime, 1985-2000*).

Mientras tanto, los académicos occidentales encajaron el caso ruso en la teoría entonces de moda: la teoría de la transición. La combinación de estos factores ha dado lugar a una actitud condescendiente hacia Rusia; a una infravaloración del estatus de gran potencia históricamente persistente de Rusia; y, sobre todo, a la burla y el desprecio occidentales dirigidos al renacimiento por parte de Rusia de su pasado tradicionalista aún vivo.

En este contexto, no es difícil ver cómo Ucrania se ha convertido en un motor de esta (por ahora fría) guerra cultural interna.

No sólo se ha cimentado la guerra de Ucrania en el meme escatológicamente progresista del "Fin de la Historia", sino que el imperativo de lograr un resultado exitoso se eleva regularmente, en términos maniqueos, a ser "el Armagedón" en una lucha entre el bien y el mal.

La guerra de Ucrania también se ha configurado como la proyección de una nueva "comunidad imaginada" identitaria, diversa y pro-trans, en oposición polar a la de los valores tradicionales rusos. Este choque de valores no podría estar mejor simbolizado que por sus dos portavoces: Por un lado, la mujer trans de Nevada, Sarah Ashton-Cirillo, que era (hasta hace un día) portavoz militar de Ucrania, y por otro, Maria Zajhárova, la portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores ruso.

Nosotros 'lo entendemos'. El mundo también parece entenderlo.

Aquello que Rusia defiende -su narrativa, su significado- se percibe como una afrenta a la 'revolución' cultural Obama-Biden. Anular la narrativa revolucionaria de Putin ante el mundo, como opinó un diplomático occidental, es tan importante como, por ejemplo, no permitir que Trump vuelva a ser presidente.

El Sur Global puede empatizar con aquellos que se resisten a las imposiciones culturales que van en contra de los valores civilizacionales de larga data.

** Director del Foro de Conflictos con sede en Beirut
Strategic Culture Foundation / observatoriodetrabajadores.wordpress.com*

<https://www.lahaine.org/mundo.php/la-teleologia-del-ultimo-hombre>